

Desde su reinicio hace más de cien años, la política ha acompañado los juegos olímpicos modernos. Los juegos se han utilizado para promover intereses nacionales, exhibir visiones ideológicas del mundo y llamar la atención sobre algunas causas –como la lucha contra el racismo y la discriminación de género. Desde la década de los ochenta del siglo pasado, sin embargo, la dimensión económica de las olimpiadas ha pasado a un primer plano, tras el incremento de su comercialización mediante contratos de televisión y patrocinios. Las ciudades que aspiran a acogerlos tratan, así, de presentar una oferta mejor que las demás para aumentar su prestigio y lograr su deseada transformación urbana. Sin embargo, la ciudadanía está cada vez más preocupada por el coste que este evento supone para el erario público y se indigna ante los escándalos de corrupción que se han asociado a su organización.

Los Juegos de verano de este año en Río de Janeiro son un ejemplo de ello. Se adjudicaron a la ciudad en 2009, en un momento de optimismo generalizado sobre las perspectivas económicas de los mercados emergentes como Brasil, pero el país sufre en la actualidad una triple crisis nacional (económica, política y social). Los sobrecostes, las obras de construcción inacabadas y los escándalos de soborno están siendo investigados. Y mientras las instalaciones olímpicas se localizan en su mayoría en el sur de Río –la zona más rica–, muchos de los habitantes más pobres de la ciudad han quedado relegados de las prioridades de la ciudad, desalojados de las favelas centrales donde habitaban y sin haber recibido la vivienda social alternativa que se les había prometido. No obstante, también ha habido ejemplos de impactos positivos de los juegos olímpicos, como el proceso de transformación urbana de Barcelona, que pasó de ser una ciudad industrial a un centro de turismo y servicios después de sus juegos de verano de 1992, los cuales inspiraron a los organizadores de los Juegos de Londres en 2012.

En este contexto, esta publicación conjunta de investigadores de CIDOB explora los desafíos y las oportunidades que suponen los juegos olímpicos para las ciudades anfitrionas. Eckart Woertz describe la historia de la política en torno a los juegos, que va desde su instrumentalización por la Alemania nazi en Berlín en 1936 –cuando se introdujeron muchos aspec-

tos de su iconografía moderna–, a las amenazas de boicot y boicots efectivamente realizados –a partir de la década de los cincuenta–, hasta el fuerte impulso de su comercialización desde los juegos de verano de Los Ángeles en 1984.

Jordi Bacaria analiza los efectos económicos de los juegos olímpicos en ciudades anfitrionas como Beijing, Río y Sidney, así como la planificación de sus infraestructuras. Señala el carácter procíclico de muchas de las inversiones que les son asociadas –que pueden comprometer los beneficios económicos–, así como la creación de «elefantes blancos».

Paula de Castro revisa los cuatro juegos olímpicos celebrados en Estados Unidos. Estos establecieron nuevos estándares en términos de acuerdos de patrocinio (Los Ángeles 1932 y 1984, Atlanta 1996), pero también fueron eclipsados por un escándalo de corrupción durante los Juegos Olímpicos de invierno de Salt Lake City en 2002.

Oriol Farrés, por su parte, analiza los Juegos de verano de Beijing 2008 con los que China trató de fortalecer su condición de modelo a seguir entre los países de mercados emergentes. El Gobierno tuvo éxito con su enfoque de planificación de arriba a abajo y estaba ansioso por mejorar la pésima calidad del aire de la ciudad, pero también tenía como objetivo cortar de raíz cualquier manifestación política. Contrariamente a lo que muchos esperaban, no se produjo una apertura política como consecuencia de los juegos, aunque a las minorías étnicas por lo menos se les concedió una presencia en las ceremonias celebradas.

Nicolás de Pedro examina los factores geopolíticos que estuvieron detrás de los juegos olímpicos de invierno de Sochi en 2014, los cuales contaron con el apoyo explícito y enérgico del presidente ruso, Vladimir Putin –en su búsqueda para demostrar el poder y el orgullo recuperados por Rusia después de la desaparición de la Unión Soviética.

Anna Ayuso muestra cómo la propuesta y la organización de los Juegos Olímpicos de Río 2016 se han arraigado en la política brasileña, así como el efecto que la reciente recesión económica del país está teniendo en los juegos que se celebrarán este verano.

Josep Coll se centra en el caso de los Juegos Olímpicos de verano de Barcelona 1992, que han sido ampliamente aclamados como ejemplo de olimpiadas sostenibles, con un impacto favorable para la ciudad anfitriona. Sin embargo, Coll también señala aspectos negativos, como las infraestructuras infrautilizadas una vez finalizados los juegos y casos de marginación social como resultado de la especulación inmobiliaria.

Como los de Barcelona, los juegos de Londres en 2012 son ampliamente considerados un éxito. Francis Ghilès, en este sentido, expone varios aspectos de la renovación urbana de la ciudad y de la readecuación de las infraestructuras, señalando también que puede observarse un crecimiento de la autoestima de la población tras grandes eventos deportivos; un efecto que fue bien recibido en una ciudad que aún estaba recuperándose de la estela de la crisis financiera mundial.

Pol Morillas y Héctor Sánchez centran nuestra atención en un ejemplo menos exitoso: los Juegos de verano de 2004 en Atenas, los cuales son

una advertencia en muchos aspectos. La espiral de costes pesó sobre una economía que, después de 2009, se hundió en una profunda crisis; y los consiguientes debates sobre el papel negativo de la corrupción y de las élites extractivas se ampliaron a la organización de las olimpiadas.

Por último, Eduard Soler ofrece una visión general de la «candidatura eterna» de Estambul y del fracaso de sus aspiraciones para los juegos olímpicos de 2000, 2008 y 2020. De haber tenido éxito, Turquía se hubiera convertido en el primer país de mayoría musulmana en acoger dicho evento. Las dudas recientes sobre la fortaleza económica de los mercados emergentes, la reanudación del conflicto kurdo en Turquía, su proximidad al atolladero de la guerra civil en Siria, así como el deterioro de sus relaciones internacionales con Europa, Rusia e Israel hacen poco probable que en un futuro próximo la ciudad tenga éxito con su oferta.

En conjunto, se observa un escenario donde los juegos olímpicos en ocasiones pueden tener un impacto positivo en las ciudades, pero estos están cada vez más ensombrecidos por la preocupación sobre su sostenibilidad financiera y social.

Eckart Woertz

Investigador sénior, CIDOB

